

	PÁGINA
Pipa de barro negra y bruñida, en forma convencional de cabeza de pato. Del Valle de México, . . . . .	441
El Popocatepetl (montaña humeante) y el Iztaccíhuatl (mujer blanca), vistos del sureste, . . . . .	442
Adorno de concha para el pecho. Del Valle de México. Longitud, 12 cm., . . . . .	442
Lezna de cobre con mango de tibia de pavo. Del Valle de México. Longitud, 18.9 cm., . . . . .	443
Malacate de barro, con dibujo tallado que representa un mono. Del Valle de México. Tamaño actual, . . . . .	444
El Señor Presidente Don Porfirio Díaz. De una fotografía tomada en 1901, . . . . .	446
Terracota antigua, . . . . .	447
Vasija antigua de la Estanzuela. Altura, 12.2 cm., . . . . .	448
Vasija antigua de la Estanzuela. Altura, 12.6 cm., . . . . .	448
Vasija antigua de la Estanzuela. Altura, 16.7 cm., . . . . .	449
Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 9 cm., . . . . .	450
Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 10.6 cm., . . . . .	450
Ángel, . . . . .	451
Iglesia de Santa Cruz de las Flores, uno de los más antiguos edificios de Jalisco, . . . . .	452
Pórtico de la iglesia de Santa Cruz de las Flores, . . . . .	453
Mujeres criminales moliendo maíz para los presos en la cárcel de Querétaro, . . . . .	454
Familia indígena en camino, . . . . .	455
Benito Juárez, . . . . .	468

## GRABADOS EN COLOR

	AL FRENTE DE LA PÁGINA
PLANCHA VII. Jarra de pavo de Tepic, . . . . .	296
PLANCHA VIII. Tazón de votos con retrato de Apache, . . . . .	80
PLANCHA IX. y X. Modo de andar en cuatro pies de los niños Huicholes, . . . . .	90
PLANCHA XI. Broquel anterior, . . . . .	206
PLANCHA XII. Broquel anterior, . . . . .	208
PLANCHA XIII. Diseño ampliado de jarra de Estanzuela, . . . . .	460
PLANCHA XIV. Diseño ampliado de jarra de Estanzuela, . . . . .	462
PLANCHA XV. Diseño ampliado de jarra de Estanzuela, . . . . .	464

## EL MÉXICO DESCONOCIDO

## CAPÍTULO I

RECEPCIÓN EN SAN ANDRÉS—TRAJE DE LOS HUICHOLÉS—UNA FIESTA PARA LLAMAR LA LLUVIA—CUARTOS Y GOTERAS—HERMOSAS VOCES—LA LLUVIA ES EL DON MÁS PRECIOSO DE LOS DIOSES—SI EL REÑIDOR SABE HUÍR, TIEMPO LE QUEDA DE VOLVER Á REÑIR—SOLO ENTRE ELLOS—NO HAY MEDIOS DE EMPLEAR DINERO PARA VIVIR BIEN—ÁNGELES DISFRAZADOS DE INDIAS—EL RESTO DEL PUEBLO SE MANTIENE ALEJADO—LA ESTACIÓN DE LLUVIAS.

ALGUNAS casas podían descubrirse regadas aquí y allá á la orilla de un llano de unas tres millas de longitud y una de ancho, tamaño casi inusitado para aquella parte de la Sierra Madre y bordado con espesos bosques de pinos. La Iglesia y la Comunidad constituían, como de costumbre, la parte principal del pueblo; pero advertimos al pasar una construcción de peculiar aspecto, grande, redonda y con amplio techo de paja. Era el templo pagano del lugar.

Buen número de indios habían venido al pueblo para asistir á una fiesta pluvial. Al vernos llegar, sorprendiéronse tanto varios de ellos al inusitado aspecto de nuestra expedición, que arrojando los sombreros lejos de sí, echaron á correr hacia el bosque; pero la gran mayoría nos recibió con estólido silencio, aceptando evidentemente mi terrible presencia como algo que no estaba en su poder impedir. En virtud de los rumores que me habían precedido, difícilmente me podía esperar mejor recibimiento, pues, por

ejemplo, un estúpido y supersticioso vendedor mexicano les había contado que yo engordaba á los indios para matarlos y comérmeos, y que empleaba la sangre para teñir manta. Diré, en honor de los indios, que dieron á tan absurda invención menos crédito que su mismo informante.



Indio huichol.

Como llovía, acerqué mis bultos á la pared de la Comunidad, vetusto y dismantelado caserón de adobe con entrada ancha y abierta. Don Zeferino me envió una puerta, la única que allí había, para que me sirviera de cama, y á efecto de utilizarla púsela sobre dos cajones. Los indios, en espera de la puesta del sol y el principio de la fiesta, recorrían curiosamente por dondequiera lo que yo consideraba mi campamento, del modo que es fácil suponer, y yo me sentía tan sorprendido de su aspecto personal como ellos del mío.

Usan las mujeres cortas camisas y túnicas de manta, á veces primorosamente bordadas. El vestido de los hombres es más esmerado, pero les quedan descubiertas las piernas. Consiste principalmente de una camisa de grosero lienzo de lana, adornada frecuentemente con bordados. Llevan sobre los hombros una especie de pañolón, abundantemente bordado con hilo rojo y azul, el cual tiene en la orilla inferior una ancha franja de franela roja. La tribu, hoy en día, no fabrica frazadas, bastando á la corta demanda que de ellas se hace, los comerciantes mexicanos. Se sujetan á la camisa alrededor de la cintura por medio de un large

ceñidor de lana ó algodón, tejido artísticamente. Tanto los hombres como las mujeres son muy aficionados á tales cinturones, y los que gozan de gran proporción, usan dos ó más superpuestos. Igual usanza existe en otras tribus.

Son muy de notar en el traje de los hombres unas talegas de lana ó algodón que presentan tanta variedad de dibujos como los ceñidores. Cuélganles del hombro generalmente dos ó tres de dichas bolsas, y nunca les falta otra delante, por abajo del ceñidor. En ella llevan los huicholes su tabaco, pedernal y eslabón para sacar fuego, etc., todo lo cual da á la bolsa el peso suficiente para mantener la camisa



Indias huicholas.

en su lugar. Las demás bolsas son en gran parte ornamentales, y varias pequeñas, que miden sólo, en pulgadas, un tamaño de tres por seis, pero de escasa labor, penden en

hileras, aseguradas una á otra á los lados en las esquinas superiores, y se usan por delante, debajo del ceñidor. En las festividades, como la que nos ocupa, podía un hombre adornarse hasta con doce bolsas colgadas de los hombros, á uno y otro lado del cuerpo.



Indios huicholes.

Por lo general, solamente los hombres usan sombreros de paja de fabricación nacional, pero hombres y mujeres acostumbran ceñirse la cabeza con cintas angostas, de manufactura doméstica. Tienen tres modos de arreglarse el cabello. El uno, en una simple cola, con una cinta de color trenzada en la punta, bajo de la cual se colocan dos longitudinalmente, cada cual doblada en lazo y con las ex-

tremidades pendientes bajo la trenza. Este es el peinado más cuidadoso y el más usado por los hombres. Otro modo consiste en reunirse el pelo detrás del cuello, con una cinta cuyas extremidades se envuelven en la cabeza, sobre la frente, atándose como lazo corredizo. El tercer procedimiento de arreglarse el cabello, y el más sencillo, adoptado principalmente por las mujeres, es dejárselo suelto. Son usuales en ambos sexos las sandalias de baqueta común.



Frente.

Perfil.

India huichola, peinada á la manera usual.

Las mujeres llevan, á menudo, en las orejas, grandes zarcillos hechos de chaquira de variados colores, ensartadas en hilos, y tanto los hombres como las mujeres se ponen collares pesados de cuentas, especialmente blancas y azules; los brazaletes y ajorcas para los tobillos se hacen cosiendo ó entretejiendo hilos de las mismas cuentas, en forma de anchas tiras. En reunión semejante, en que todos van vestidos de la mejor manera, los bellos y vistosos dibujos y la rica combinación de colores, en que dominan el rojo, el blanco y el azul, producen verdadero efecto teatral, no

desemejante del de los romanos en la escena. En San Andrés, la mayor parte de la gente trae el cabello largo y flotante, y sus fáciles y veloces movimientos contribuyen á que la multitud presente un aspecto más pintoresco.

No fue obstáculo mi llegada para que se efectuase la fiesta, pues nunca difieren los indios ninguna ceremonia. El principal detalle de las fiestas pluviales es, en la actualidad, la muerte de un buey, que iba á efectuarse la mañana siguiente.

Es cosa peculiar que mientras otras fiestas de los huicholes no han recibido ninguna influencia de los blancos, las que celebran para solicitar la lluvia se han enriquecido y modificado mucho bajo esa influencia. La matanza de uno ó dos bueyes se considera hoy un sacrificio enteramente tan eficaz como el matar ciervos, ardillas, pavos ó cualquiera otro animal, que antes acostumbrase la tribu. Se ha adoptado también el uso de velas, importado de igual manera por los católicos, y antes de cada una de dichas fiestas va invariablemente á Mezquitic un hombre á fin de obtener este nuevo requisito así como cierta cantidad de pan y chocolate que arrojan á lo alto por la noche, como alimento ofrecido á algunas de las madres de la lluvia que sólo á esa hora están fuera. Otros dioses reciben de día sus sacrificios.

Además de estos requisitos de nueva introducción, ha sido adoptada una nueva danza. Viendo los antiguos misioneros la indomable inclinación de los indios á fiestas y espectáculos públicos, procedieron hábilmente enseñándoles, con objeto de atraerlos á las festividades cristianas, danzas y otras ceremonias fastuosas que no tenían, sin embargo, ninguna significación para el entendimiento de los aborígenes. Tal es el origen de lo que se llama *danza de los matachines*, cuyo propósito pronto llegó á tomar otro carácter. Para conseguir que llueva, necesitan los indios de la cooperación de los santos, y á efecto de obtenerla

ejecutan la danza en el interior de las antiguas iglesias. Se encargan de este culto particular, personas especialmente designadas para él, ataviadas del modo más brillante, con cintas atadas á la cintura, bolsas y plumas.

La danza de los matachines comienza poco antes de ponerse el sol, y yo me dirigí á la derruida iglesia para presenciarla. Todos bailaban ágilmente alrededor, y sus graciosos movimientos y rítmicas pisadas estaban en perfecto acuerdo con la música del tosco violín. No pude menos de admirar aquella habilidad, pero pasado un rato fui á ver una ejecución más interesante que comenzó después de la puesta del sol, en el pórtico de la cárcel, sólo á quince varas de mi campamento. Allí los indios habían encendido una fogata, á cuyo derredor se agrupaban. La disposición del escenario provenía seguramente de los blancos, pero la acción era aborígen. El sacerdote cantante, que era el jefe, estaba sentado en un sillón peculiar usado por la tribu (*equipal*). Nada había en su vestido que lo distinguiera del resto del pueblo, á no ser el plumero que tenía delante.

Consiste dicho objeto en un par de plumas de águila ó de halcón, amarradas á un palo que les sirve de mango. Es incomprensible para los indios el vuelo de los pájaros, especialmente el de aquellas aves que se remontan muy alto, de las que creen que lo ven y oyen todo y que poseen místico



Astrólogo cantante con sus plumas.

poder, el cual juzgan que reside en las plumas de las alas y de la cola. Á esto se debe que las plumas de águila y halcón sean codiciadas por todas las tribus americanas, á fin de obtener sabiduría, valor y protección contra los males que advierten. Las llamadas plumas de adivino, habilitan á éste para ver y oír cuanto ocurre por sobre y bajo de la tierra, y con ayuda de ellas realiza sus sortilegios mágicos, tales como la curación de los enfermos, la transformación y metamorfosis de los muertos, la aparición del sol, etc. Cuando quiere poner en actividad las fuerzas sobrenaturales de sus plumas, empuña la vara con la mano derecha, imprimiéndole generalmente ligero y trémulo movimiento. Se supone que el poder de las colgantes plumas emana de los golpecitos que se dan. No se encuentra sacerdote alguno que no lleve en la mano una ó más de dichas plumas, y en las festividades se las atan á la cabeza los principales ejecutantes.

Conforme cantaba él cada estancia, repetíanla los hombres colocados en frente, siendo el director del coro otro sacerdote sentado en un sillón semejante al de su superior y frente á éste. Maravillábame tal fecundidad de los huicholes en lo que pudiéramos llamar cantos populares legendarios, pero que para ellos constituyen la verdad evangélica y la historia. Por regla general, dura el canto sólo dos noches; pero un buen *shaman*, si dispone de vigor, puede cantar noche tras noche nuevos versos durante quince días cuando menos. Refieren en sus cantos cómo en el principio de los tiempos crearon los dioses al mundo del caos y de las tinieblas, cómo instituyeron las costumbres de los huicholes y enseñaron al pueblo cuanto debía hacer para agradarlos: á construir templos, cazar venados, ir en busca de la planta jículi, cosechar el grano, hacer arcos y flechas y ejecutar ceremonias rituales. No existen escritos ningunos que conserven estas tradiciones que viven nada más en labios del pueblo, como herencia na-

cional, y pasan de una á otra generación, conforme sucedía primitivamente con las sagas y cantos populares de los antiguos hombres del Norte.

Supónese que los dioses se mantienen todos alrededor del horizonte, mirando y oyendo cuanto pasa, y el sacerdote, durante sus plegarias, se vuelve á los cuatro rumbos ó vientos del mundo, á fin de que, si un dios no responde, otro lo haga. Raras veces dirige una larga súplica en otra dirección. Los dioses viven irritados contra los hombres y les envidian todo, particularmente la lluvia que es de vital importancia para la existencia misma de la tribu. Pero cuando las deidades oyen cantar sus hazañas por un augur, se sienten complacidas y se apiadan, dejando entonces en libertad á las nubes que han estado deteniendo, y la lluvia comienza. Así, pues, los *shamans*, é indirectamente el pueblo mismo, están en posibilidad de hacer llover.

Ya caía á torrentes la lluvia antes de que las ceremonias hubieran comenzado, pero de ningún modo abatió el fervor del canto, pues el objeto era ahora impedir que el agua cesase. Mis deseos eran igualmente vivos, sólo que en sentido contrario, pues el desvencijado cobertizo que se me había asignado, no obstante ser de lo mejor que había, en modo alguno podía considerarse á prueba del agua. Es conveniente en todo caso, por más que sea molesto, no contrariar los deseos de quienes nos hospedan, y ciertamente en aquella ocasión la inclemencia del tiempo acreció mucho las incomodidades del momento. Me reconcilé, sin embargo, con mi suerte gracias al canto del sacerdote, que era en verdad hermoso. De hecho no he oído nunca en una tribu primitiva canto mejor que el de los huicholes. El tenaz caer de la lluvia, acompañado de frecuentes relámpagos, formaba fantástico y sobrenatural acompañamiento al simpático son que me llegaba entre la profunda oscuridad de la noche, como voz emanada del país de las hadas. Sonaba de diferente modo de cuanto semejante

había oído entre los indios mexicanos y en otras partes, y estaba para mí tan lleno de novedad como de encanto. En la presente página, transcribo una estancia de dicho canto.

Los huicholes necesitan realmente gran cantidad de lluvia para poder aprovechar sus sistemas agrícolas primitivos. Cortan la maleza de las empinadas faldas de los cerros, a quemar, y siembran el grano en agujeros abiertos con

## CANCIÓN DE LA LLUVIA

O' - to Tá - hui me - ma - nó - ti Hua - huat - sá - li me - ma - nó - ti  
El dios venado del norte nació! El dios venado del sur nació!

Sa - cai - mó - ca me - ma - nó - ti Co - yo - (yo -) ni me - ma - nó - ti  
El dios del sol poniente nació! El dios del norte nació!

To la - hú li - na me - ma - nó - ti Sa - cai - mó - ca me - ma - nó - ti a - a  
Los dioses comenzaron á cazar venados! El dios del sol poniente nació!

## TRADUCCIÓN LITERAL

O'to Táhui nació. Huahuatsáli nació.  
Sacaimóca nació. Coyóni nació.  
Para cazar venados nació. Sacaimóca nació.

púas. La lluvia, por supuesto, no penetra mucho en aquel terreno sin arar, pero resbala por el fuerte declive, y gracias únicamente á la continua humedad durante semanas de lluvia, es como las plantas se salvan de secarse al intenso calor del sol. Durante la estación seca y parte de la húmeda, es decir, desde el principio de abril hasta fines de agosto, celebran los huicholes constantes fiestas para que llueva.

Siempre que deja de llover dos ó tres días, la gente principal se reúne en el templo para consultar al adivino cual será la causa del enojo de los dioses, y se resuelve hacer otra fiesta y matar más bueyes para satisfacerlos. Los habitantes de los ranchos de toda aquella región siguen el ejemplo, y siempre hay alguien dispuesto á dar un buey, pues está admitido que quien lo da, además de los beneficios de la lluvia y de la buena suerte que recibe el distrito entero, obtiene á la vez especiales bendiciones para sus campos y familia. Él también provee del maíz y frijol necesarios para la fiesta, y se distribuyen gratuitamente al pueblo carne y caldo, tortillas, tamales y frijoles. El donador conserva generalmente gran parte del animal para sí mismo, y aun vende algo después. Con frecuencia se reúnen dos ó tres familias para dar una fiesta.

Frecuentemente, durante la noche, iban procesiones de donde estaba cantado el *shaman* hasta la iglesia y alrededor del buey, al cual tenían amarrado cerca. Dos chicos, niño y niña, eran los que guiaban; el primero representa al Sol tal como era antes de que apareciese como es hoy; la otra representa á la hija de la Luna. Van vestidos de toda ceremonia, con plumas sacerdotales atadaś á la cabeza con bonitas cintas. Cada niño lleva una vela encendida y una jícara ó tecomate votivo con chocolate y pan. Los seguían los augures y después la música, constituída por uno ó dos hombres que tocan en violín una marcha de composición huichola. La gente que sigue camina de dos en dos.

Al amanecer comienzan los preparativos para el sacrificio, y la procesión va directamente hacia el buey, acercándosele por el lado derecho. Uno de los niños lleva en la jícara el cuchillo con que se ha de matar al animal. Éste, con las piernas atadas, es derribado de manera que al hallarse tendido en el suelo vuelva las piernas al oriente. En seguida, se le adornan los cuernos con flores, suenan

los violines y la gente ora abundantemente alrededor del caído animal, á la vez que los dos astrólogos levantan con la diestra sus plumas también hacia el oriente.

Al punto como los rayos del sol brillan en el horizonte, los sacerdotes hacen descender lentamente sus plumas hacia el buey, fijando curiosamente los ojos en ellas durante todo el tiempo, como si contemplaran algo que real-



Sacerdotes alzando sus plumas hacia el sol.

mente fuese bajando. Pasan las plumas por sobre la víctima y el cuchillo con que van á matarla; rápidamente le hunde un hombre el acero en la garganta, y las mujeres recogen en vasijas la sangre para llenar tripas que ponen á cocer para comérselas. La primera sangre que chorrea del moribundo animal se unta en varios objetos rituales, á menudo hermosos, hechos para el caso, los cuales constituyen símbolos de súplica y adoración que acostumbran

colgar en las grutas de los respectivos dioses que han sido invocados.

Las mujeres ponen en seguida á cocer la carne y hacen la comida, la cual, después de otra noche de canto, se distribuye entre los individuos presentes, sacrificando, por supuesto, á los dioses las primeras porciones. Durante el día no se canta, pero se toca mucho el violín y se baila sin ceremonia, entregándose cualquiera, hombre ó mujer, á la danza siempre que le viene á las mientes.

La fiesta que presencié acabó en la iglesia y el cementerio anexo, donde se reunieron todos á comer y beber. Las mujeres habían llevado tamales, tortillas, pencas de mezcal, zapotes, etc., y también, cosa no menos importante, jarros de aguardiente del lugar (*toch*). Un individuo llevaba en un cuero de borrego gran cantidad de dicho licor para venderlo. Era divertido ver que ninguna familia comía de sus propias provisiones, sino que todos se repartían de las que llevaban, exactamente como acostumbran los pueblos civilizados en sus *picnics*. Los hombres iban en turno ofreciendo *toch* en jarros pequeños á todos sus amigos de ambos sexos. Las mujeres dividían de igual modo sus comestibles. Todo era armonía y júbilo. Gradualmente comenzaron á hacerse sentir los efectos del licor, en las mujeres menos que en los hombres, en razón á que no bebían tanto. El *toch* es bastante suave, pero la gente había debilitado sus fuerzas con las dos desveladas, y los huicholes, por otra parte, se embriagan con más facilidad que los blancos.

Los hombres se complacen en inocentes burlas; se empujan unos á otros, luchan y ejecutan muchos juegos grotescos, tales como sentarse en la cara de un adversario, cuando lo han derribado. Á veces algunos se encolerizaban realmente y se ponían á reñir. Como los combatientes de la época homérica, comenzaban por denostarse mutuamente con duras palabras. Á los que no están iniciados